Un lacayo de la tiranía: Laureano Vallenilla Lanz

por Francisco Laguado Jayme

El charco. Negro y pestilento, charco de sangre y pus, con carne desgarrada y huesos rotos, de hombres, mujeres y niños, asesinados sin piedad, en el largo transcurso de veinte y tres años de esclavitud y cinismo.

Venezuela está hundida en este charco y este charco es la tiranía de Juan Vicente Gómez, militar insolente y cruel sin más conciencia de la Libertad y de la Justicia, que la que impone con la punta de su sable fratricida y su soberbia impúdica a un pueblo ignorante y sumiso por cuatrocientos años de educación forzada por el látigo.

En las obscuras catacumbas del nepotismo gomecista se levanta la tribuna de pórfido de Dido, de ese Dido fantástico y temible, de rostro agudo y cínico, Laureano Vallenilla Lanz, el siniestro cerebro, recio en su perversidad, de la tiranía. Vallenilla Lanz es el forjador científico del bárbaro gomezalato. Se destaca con perfiles definidos, fuertes, únicos, en medio del rebaño intelectual que sostiene dentro y fuera de Venezuela, con la más sórdida impudicia, la ignominiosa autocracia del nefasto Juan Vicente Gómez.

Vallenilla Lanz es una mampara y en la sombra inocula su veneno en la sangre de la juventud venezolana, y su veneno se nombra cobardía y servilismo, y lo inyecta desde las páginas de una prensa asquerosa, desde las páginas de libros viles, desde la curul de un Congreso de capones y gallinas, desde la tribuna de Academias anémicas.

Es el tirano intelectual de Venezuela, el asesor máximo del viejo déspota, el inspirador de los repugnantes crímenes políticos y sociales de Gómez. El es el guía de los sicarios y de los traidores de la República, él es el Judas Iscariote de Venezuela, indigno hasta de ser devorados por los cuervos y los perros vagabundos.

Vallenilla Lanz es un traidor, un renegado de sus ideales. ¿Pero acaso tuvo esta bestia consciente ideales? ¿Acaso en su corazón palpitó el bien y en sus células cerebrales brilló la libertad?

Este hombre jamás tuvo ideales. Educado en la falacia, en la maldad, en la concupiscencia, en el servilismo, en el incensario, en la calumnia, en la [illegible] hermano lujuriano, con la columna vertebral en arco por las bacanales de su lejana juventud con los dineros del tesoro nacional, de rodillas y con la frente hacia el lodo, pone en la mente obtusa del tirano militar sus delincuentes ideas, las cuales el soldado dictador las lleva a la realidad, y son la miseria, la muerte, la deshonra, el asesinato, la persecución, el destierro que sufre el pueblo.

Ambos tiranos, Vallenilla Lanz y Gómez, moral y políticamente están identificados; y ambos arrastran a Venezuela hacia el abismo, el uno con su pluma destilando veneno y el otro con su espada chorreando sangre; ambos asesinos, juntos sus corazones, sus conciencias y sus energías socavan el nacionalismo profundo del pueblo, abren una fosa para hundir la Patria. Pero jamás estos dos hombres, procustos y sanguinarios, extinguirán el ideal republicano de los venezolanos, jamás apagarán el fuego cívico de los venezolanos, jamás matarán el espíritu rebelde del pueblo de Bolívar y Acosta.

El diez y nueve de abril de 1920, Vallenilla Lanz proclama, desde la presidencia del Congreso apócrifo, a Juan Vicente Gómez, "como la encarnación misma de la Patria". Y los labios de aquel icariote no temblaron de vergüenza al pronunciar semejante blasfemia, ni los rostros de aquellos congresistas venales sonrojaron de ira, y sólo un pequeño núcleo de la juventud recriminó aquella frase bastarda del dictador mental.

Reconozco en el autor de "CRITICAS DE EXACTITUD Y SINCERIDAD" una vigorosa inteligencia, vigorosa por la meditación larga y por el estudio racionalista; y porque reconozco esta virilidad mental en Vallenilla Lanz es por lo que le considero como el supremo responsable intelectual, moral y político de la autocracia nepótica de Gómez.

Yo coloco al autor de "Cesarismo Democrático" en el mismo nivel criminal en que está el asesino del noble Horacio Ducharne.

Ambos son los dos tiranos de Venezuela. El uno piensa, crea la idea; y el otro ejecuta, realiza el pensamiento malvado. El uno desde su gabinete de pensador derrama sobre blancos pliegos de papel su negro veneno para destruir la libertad en Venezuela; y el otro, desde el cuartel, abre tumbas, encarcela y destierra. El uno empapa su pluma con la sangre del sable que asesina, y el otro da empuje a su sable con los asesinos de la pluma sicaria.

Fué en Agosto de 1920, mi entrevista con el dictador mental de Venezuela. Yo había resuelto expatriarme al Uruguay. Esta resolución la tomé inmediatamente que recibí, desde Maracay, la amenaza gubernamental de ser confinado en una de las haciendas de los Gómez, en los valles tuyeros, si llegase a publicar una línea en cualquier hoja periodística. Apenas me iniciaba en las letras... Esta amenaza me llegó ruda y rotunda, pocos días después de haber escrito yo a Vallenilla Lanz, una carta reprobándole la doctrina inmoral que sustenta en su libro "Cesarismo Democrático". Y queriendo llevarme una impresión del pérfido maestro después que recriminé su libro como dañino y corruptor para la juventud de hoy y del mañana, sobre todo para la juventud del presente que se alza con una montaña de fango encima, juventud de la cual formo parte, y a la que doy mis ideas y mis bríos y daré mi sangre, por que esa juventud está comprometida con el pueblo de combatir por su libertad y justicia pisoteadas, le fuí a ver a la redacción de "El Nuevo Diario". De la redacción de este inmundo periódico me pasó a la administración, en mi visita, porque en esta última había gente que nos oyera, y en la otra apenas estaban los retratos de los pro-delincuentes de la tiranía. Rodeado de gente silenciosa, hizo un gran esfuerzo para erguirse. No pudo; su columna vertebral desconoce la posición vertical, del honor. Me miraba de frente, y pálido y tembloroso, me gritó con voz estentórea: "¿Se atreve usted a pedirme la representación de mi periódico para el Uruguay, después de llamarme Mefistófeles, corruptor de la juventud?... Sepa que tengo amigos y adversarios en América, que aprecian mi libro, y es usted el primero que ha tenido la audacia de decirme que mi libro es inmoral, y aquí en Venezuela... ¿Es usted un inconsciente o un niño?..."

Mis ojos serenos lo encolerizaban más. Y al fin hizo explosión, vomitó toda su impotencia y cobardía, arrojó toda su bilis. A ese punto lo llevó mi actitud tranquila y despreciativa en su presencia. Parecía que saboreaba con dolor el vitriolo de mi carta, y más aun por su ineficacia de hacerme encarcelar, sabía muy bien que no podría mandarme a la cárcel de buenas a primeras, como lo acostumbra. Y para terminar, apenas pudo susurrarme con voz agria: "Sepa que yo apunto a mis enemigos al codillo"... Recuerdo la [illegible] "Gracias, Don [illegible] usted va en la mitad del surco. Usted no nos indica, a la juventud, rectos senderos... Mi carta sólo ha sido una advertencia, un alerta de la juventud". No me contestó. Giró sobre sus talones pesadamente y se perdió como un tigre herido en su guarida satánica. La gente que presenciaba esta escena estaba muda y temerosa... Una voz amiga me platicó levemente: "Ese hombre es peligroso, es vengativo, cuídate".

En Caracas muchos hombres conocieron mi carta a Vallenilla Lanz, y vieron en ella "una pedrada en un ojo a Laureano". No menciono los nombres de estos amigos, porque irían a la cárcel.

Solo el viejo general Ulises Anselmi, muy íntimo de Juan Vicente Gómez, y compañero de José María Vargas Vila, con quien fundó el periódico caraqueño "Los Andes" allá por 1890, fué el único que me aconsejó no enviase a Vallenilla Lanz mi carta de recriminación por su infame prédica de servilismo.

Vallenilla Lanz ha pretendido justificar la tiranía de Gómez como necesaria para Venezuela, considerando las tiranías de Díaz en Méjico, García Moreno en el Ecuador, Rosas en la Argentina, como obra de consolidación nacional de aquellos jóvenes pueblos, bajo el látigo y el hierro.

Vallenilla Lanz, hoy, en estos instantes, al contemplar a Juan Vicente Gómez, viejo y enfermo, aconseja al hijo del tirano, José Vicente Gómez, los mismos métodos bárbaros que inspiró a aquél para que se quedo en el poder.

Por la América señalan a José Vicente Gómez como el asesino de su tío Juan Crisóstomo Gómez, y a Vallenilla Lanz como el inspirador de este odioso crimen en las sombras de la noche, en la mansión presidencial de "Miraflores".

* * *

Venezuela necesita una revolución radical en sus instituciones sociales y políticas, una renovación de sus valores espirituales y éticos, un cambio de vida total, para no perecer como nación, para no morir como pueblo. De 1835 a esta parte, la nación venezolana no ha sido sino tablero sangriento de guerras civiles y tiranías macabras que han venido empobreciendo ética y físicamente el nacionalismo venezolano, sumiendo al pueblo en la estupidez y en la cobardía nacional, en el desconocimiento de sus deberes y derechos ciudadanos. Caciques soberbios e ignaros por espacio de noventa años, uno tras otro, se han sucedido en el Palacio Federal de Caracas. El personalismo más infecundo, más retrógrado y funesto ha sido y es el Canon de gobierno de Venezuela.

Los Monagas, autócratas por temperamento, gobernaron diez años consecutivos y en 1848, fusilan al Congreso de hombres altivos y patriotas, al querer este cuerpo legislativo enjuiciarlos. Guzmán Blanco, hombre enérgico e inteligente, vanidoso hasta confundirse con la Vanidad, veinte años retiene el gobierno en sus manos, abriendo pequeñas grietas en las murallas de la ignorancia que aprisiona a Venezuela, pero a la vez fortificando las junturas del más estrecho y despótico caciquismo político. Joaquín Crespo, el último caudillo de Venezuela, como lo tituló su amigo íntimo Vargas Vila, brevemente tuvo una visión de libertad, para irse a confundir en el despotismo y la muerte. Cipriano Castro, "el hombre providencial", "el vencedor jamás vencido", sembró el suelo venezolano de tumbas y en su tiranía histérica fornicó con la libertad y la justicia, sobre el cadáver de su ilustre muerto Antonio Paredes, muerto grande, que desde su sepulcro levanta sus puños amenazantes sobre la cabeza del tirano errabundo. Pero ninguno de estos hombres de la tiranía endémica de Venezuela la ha empapado de sangre y lágrimas en sus monstruosos crímenes como Juan Vicente Gómez, porque ninguno tuvo un pensador de maciza mentalidad de consejero como lo tiene el déspota de Diciembre. Y este pensador, temible por sus críticas históricas y sociológicas, resplandece hoy en las rojas llamas del crimen. Pero Vallenilla Lanz jamás logrará detener la corriente revividora de la Revolución, caerá vencido, derrotado, se lavará en su propia sangre, fulminado por los rayos de la violenta tempestad que él mismo ha provocado.

La Revolución de Venezuela es múltiple, viene formándose en la conciencia de los venezolanos ha largos años, es una Revolución espiritual, ética, social, política y económica. Sobre todo espiritual y económica, porque los venezolanos morimos de hambre de ideas civilizadoras y morimos de hambre de pan vigorizante. El pueblo venezolano vive sobre un erial de oro y sin embargo, perece de hambre, porque desconoce los medios de educarse y de explotar sus maravillosas e inagotables riquezas.

Escuelas laicas que proporcionen [illegible] grande revolucionario venezolano.

Venezuela es un campo de un millón de kilómetros cuadrados de superficie, pero este campo permanece en las tinieblas donde sólo se ve la luz fatídica de la fusilería fratricida y el resplandor de las pupilas de los que defienden, con su sangre, los ideales de libertad y las doctrinas republicanas y democráticas que Bolívar legó a sus compatriotas.

Ni Juan Vicente Gómez con sus cadenas malditas, sus tortoles horribles y su ejército personal; ni Laureano Vallenilla Lanz con su "Cesarismo Democrático", "Espejo de Redentores" y "Sindicato de Farrantes"; ni los lacayos de pseudo talento disfrazados de diplomático-espías del tirano; ni los oscuros y canallas caciquezgos del país; ni nada ni nadie, evitará la Revolución en Venezuela, porque esta es una Revolución de ideas y de Justicia, potente como el Orinoco, y en cuyas ondas van el mármol nuevo y la madera nueva para el nuevo edificio ético-social de la familia venezolana, como también va en esas ondas revolucionarias la dinamita para derrumbar el sombrío alcázar de la tiranía, construído por tradiciones denigrantes y hábitos aviesos y criminales.

El pueblo venezolano avanza hacia el porvenir con una gran fe en el triunfo de sus ideales humanitarios, avanza hacia el futuro conducido por su juventud nacionalista, revolucionaria y resuelta, por esa juventud que nació entre dos despotismos, entre el sol moribundo de la autocracia crespista y la aurora mortecina de la autocracia ciprianista, pero que bebió sus primeras aguas mentales en Bolívar y que está dispuesta a romper en cada venezolano su conciencia y dejar caer en ella la simiente de la libertad.

Esta joven generación venezolana, revolucionaria por atavismo y por educación, esparcida por el ámbito del mundo una parte, y otra parte encarcelada, tiene como ambición suprema: la grandeza y la fortaleza de Venezuela practicando, viviendo hondamente los ideales bolivarianos.

Desligada del deshonroso pretérito de inmorales egoísmos y viles políticos, compenetrada con el espíritu del presente y del porvenir de la República, depura en el seno de la orgía nefanda de Juan Vicente Gómez y Vallenilla Lanz, los valores morales y los hombres, levanta la bandera de la Revolución moral y social. Esta juventud sin cobardías y vacilaciones deja caer su mandarria reivindicadora sobre los muros pétreos de la tradición, sobre las frentes de los viejos ídolos, sobre el pecho robusto del caciquismo agreste, sobre la geta hedionda del clericalismo, que todos unidos, forman el alma ruín que ya se tambalea e inclina la frente, que muerde el camino de la derrota, al empuje de la mandarria revolucionaria, porque una mandarria es la idea de la revolución social de Venezuela.

Como Vasily, el inquieto, de Korolenko, la juventud venezolana lleva en su espíritu bravío aquel amor idealista a la libertad, sembrador de ansias infinitas de contemplar cada día nuevos soles claros... Y también como el Danko gorkiano, soñador y temerario, la juventud venezolana ha hecho de su corazón antorcha luminosa y a la cabeza de su pueblo va salvando la escabrosa selva de la ignorancia y la tiranía.

La bandera que Francisco de Miranda, el Precursor, trajo de la Rusia rebelde, con leyendas gentiles, y que luego los lanceros y arcabuceros de Bolívar ondularon por el Continente latino-americano, rompiendo cadenas de colonias esclavas y transformándolas en repúblicas independientes: esa bella bandera inmortalizada por la libertad americana en Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho, los venezolanos la amamos y sabremos, dignamente, recoger sus sagrados girones...

A fines del año 1923, y en playas extranjeras.

INTELECTUALES Y TARTUFOS

por Julio Antonio Mella

Con el tiempo las grandes palabras, que expresaban grandes ideas, se han ido corrompiendo como ríos que encontrasen cerrados sus desagües propios. El torrente se convierte en pantano, la verdad en mentira, porque el torrente como la verdad necesitan del movimiento constante, de la agitación fecunda.

Libertad. Igualdad. Fraternidad. Patria. Derecho. Son bellas palabras aún que fueron grandes ideas ayer. Hoy, libertad es el permiso, de una casta a esclavizar a otras. Igualdad, el abrazo que se dan al asesinarse mutuamente los hombres en la luchas fratricidas. Fraternidad, la camaradería de los miserables esclavizados por un mismo amo. Patria, el huerto donde los pocos comen los frutos que los más cultivan. Derecho la defensa de los más fuertes, al saciar sus apetitos.

Una nueva palabra va entrando en la clasificación anteriormente expuesta, en el rango de las palabras — tambor, diríamos así, por tener mucha sonoridad y estar vacías como los parches guerreros.

Esta palabra es: intelectual.

Al patricio inculto, al señor feroz, al clérigo taimado, al noble vanidoso, al militar fatuo, ha venido a sustituir en el momento presente el intelectual rastrero. Pretende bajo un nombre, que encierra una gran idea, establecer una nueva forma de tiranía tan odiosa como la del patricio, la del señor, la del clérigo, la del noble, la del militar. Concentra en sí todos los vicios capitales de los antiguos amos, más el refinamiento de su cultura que le permite con gran hipocresía aparentar que no los tiene, formando así sus legiones de prosélitos.

Ha triunfado y ocupa todos los puestos altos de la vida, no los puestos cumbres.

Una montaña es una cumbre, un carrousel es una altura.

Están en las academias, en las universidades, lo mismo entre los profesores y rectores que entre los alumnos, y en los puestos del gobierno han encontrado su mejor habitación. Son como las pulgas en el órgano auditivo de los perros.

Intelectual es el trabajador del pensamiento. ¡El trabajador! o sea, el único hombre que a juicio de Rodó merece la vida, es aquel que empuña la pluma para combatir las iniquidades, como otros empuñan el arado para fecundizar la tierra, o la espada para libertar [illegible]

A los que denigran su pensamiento esclavizándolo a la ignorancia convencional, o a la tiranía oprobiosa no debe llamárseles jamás intelectuales. Guardemos las bellas palabras, que son pocas, para las cosas grandes, que son más pocas todavía.

A los que venden las ideas como las hijas de la alegría sus cuerpos impuros, no les llamemos intelectuales, si fuesen del sexo femenino ya habríamos encontrado el epíteto, llamémosles tartufos, pero nunca intelectuales.

Intelectual fué Prometeo, tartufo Hermes. Intelectual Demóstenes, tartufo Alejandro. Intelectual Catilina, tartufo, mil veces tartufo, Cicerón. Intelectuales los poetas y filósofos e historiadores y tribunos de la Revolución Francesa, tartufos los poetas y filósofos e historiadores (tribunos no podían existir) en la época del llamado Rey Sol.

En el mes pasado dos figuras simbolizaron a los intelectuales y tartufos. A los últimos: Benavente, el arlequín comediógrafo. A los primeros: Unamuno, el gladiador de la pluma.

El autor de los Intereses Creados al recibir la condecoración con que el gobierno premia su mediocridad servil, exclama: "¡No sé cómo hay quien dice que en España no hay libertad...!"

Mientras tanto el ex-Rector de Salamanca, grita su palabra, a nadie se doblega, a todos ataca, se diría que su pluma quiere convertir a España en un nuevo Judío Errante, quiere hacerla caminar, para ver si de esa manera la hace vivir. Y el gobierno lo condecora con el laurel del destierro, como premio a su actividad sublime.

Uno se arrodilla al recibir la condecoración palatina, el otro se dispone a rifar su cruz de latón como quien rifase un buen ejemplar de la raza canina en una feria.

En la América, también en los últimos días, hemos visto a los intelectuales en funciones de su sacerdocio. Vasconcelos al dirigirse a los estudiantes peruanos, ridiculiza y conmueve el solio del trono capitalista del más ratacuero y sanguinario de los tiranos americanos, Leguía.

Ingenieros llama a este simio y al bisonte de Venezuela: "los dos ascos de la náusea continental".

Varona, el Maestro de la juventud universitaria de Cuba, lanza su palabra condenatoria desde las páginas de nuestra revista.

Palabras que podrán ser anuladas en estos momentos; pero que la juventud sabe oir y guardar, como quien guarda un puñal en el pecho, para el "tiempo futuro que será mejor"; tiempo, en que la juventud de hoy gozará el triunfo "por haber perseverado en un propósito noble y levantado".

La Habana, 1924.

EL CENTENARIO DE LORD BYRON

por Enrique B. Núñez

El año de 1924, en el mes de abril, cuando las violetas anuncian con su perfume el epitalamio de la noche y las rosas abran de nuevo al soplo de la primavera, cúmplese un siglo de la muerte de Jorge Byron, acaecida en Missolonghi, bajo el suelo de la Grecia rebelada contra los turcos.

Entre las noticias que llegan del país heleno, conmovido por sucesos de política interior e internacional, no hay indicio de que se prepare algún homenaje a la memoria del autor de "Don Juan", al poeta de los cantos desgarradores y voluptuosos que consagró su último gesto al desengaño, que pisó un día la tierra de los dioses, primero como poeta en busca de emociones, después como libertador para distraer su melancolía. Es más: hoy su gloria parece olvidada. Entonces Europa entera lloró su muerte.

Como sucede siempre con estos genios malditos, el dolor hace olvidar pronto sus extravíos, hasta los triunfos nublados de incienso, para tejer esa pálida aureola que no sienta mal en la frente de lord Byron.

Su muerte tuvo aquel mismo frenesí que agotó la vida del bardo, en la cual no hubo tiempo para amarillear los frutos con el beso del otoño. Su espíritu delirante dió a aquellos últimos momentos la exaltación de sentimientos que poetizó toda su vida.

El amor, la belleza, el fausto, los accesos de tedio apuraron la juventud que agotó como una corona de rosas, sin poder nunca ser una de aquellas almas tibias que, según el poeta, el mismo infierno arroja con disgusto.

En Byron residieron los más opuestos caracteres: la ternura llenaba con frecuencia sus ojos de lágrimas, y la soberbia le hizo comparable a Luzbel; la bondad alternaba en él con la más desdeñosa ironía. Estas sensaciones se reflejan en su rostro de un contraste extraño. Por esto, uno de sus biógrafos afirma que así como sus facciones causaban la desesperación de los pintores para fijarlas, su personalidad desconcierta a los que se proponen su estudio.

La vida le brindó tantas amarguras como favores; él gustó de apurarla como — la metáfora no está demás cuando se habla de Byron — como unas copas áureas que [illegible]

Los mejores perfumes en aquella ráfaga brillante. El pasó con un largo cortejo de enamoradas. Una joven de la casta Noruega, del país de los poemas, de la tierra del viejo Thor, de los guerreros de corazas azules y los yelmos de plata que celebran sus bardos, le confiesa su amor, porque deseaba hacerlo antes de morir, y él escribe a un amigo: "Ved lo que hace amar el ser poeta. Me pide queme su carta; pero me guardaré muy bien de hacerlo".

Tal vez este sea el tributo más tierno que recibió en su vida. Más tierna ella también que la Margarita que inspiró sus primeros versos: más tierna quizá que la pasión en que le aprisionó la bella Teresa de Guiccioli.

La condesa de Haussonville, su amiga íntima, escribe que no puede imaginarse una cabeza más hermosa, sólo comparable a la de Rafael de Urbino, en el retrato existente en Florencia. En tanto, Walter Scott, ese novelista de los héroes de capa y espada, que a la aparición de Byron abandonó la lira para no ocupar el segundo puesto, no vacila en decir que la belleza de Byron hacía soñar.

Esto no impidió que una de sus amantes le vapulara lindamente y dejara así un ejemplo consolador para los maridos vulgares.

Caso raro el de este poeta nacido en medio de la sociedad calvinista de su patria, a la cual aborrecía con odio siempre manifiesto. Su esposa le rechaza; los periódicos le cubren de injurias. En tanto él escribe el "Adiós", el cual hizo desear a madame de Stal ser la mujer de Byron, ser desgraciada como ella para inspirar aquel canto.

Atraviesa a nado el Cuerno de Oro para ver si es verdad la fábula de Ovidio, la de aquel Leandro amante de la sacerdotisa de Venus; levanta una pira rociada con perfumes para quemar el cuerpo de Schelley, su amigo.

En Venecia habitaba el palacio Mocenigo; su góndola azul arrastraba por las aguas en las noches las alegres serenatas, los sonidos soñadores, los violines, mientras hacía que sus remeros recitaran los cantos olvidados de Tasso y de Ariosto.

Siglo vehemente éste, el siglo de Napoleón; no era posible sin una gran individualidad ir a cortar una rama de laurel. En su tiempo todas las almas participaban de aquel fuego impetuoso. Era la época del liberalismo y de los carbonarios; de la santa alianza de los Reyes; la época de una aspiración continua hacia nuevas ideas; la fe en el progreso; la lucha por la Libertad en América; la muerte en el amor de Werther se había puesto de moda. Chateaubriand, devorado por el mal incurable de su tiempo, pasea su melancolía y su orgullo entre los recuerdos y las glorias, entre las ruinas del pasado y la incertidumbre del porvenir. Víctor Hugo comenzaba su carrera; Hoffmann ponía de moda su alucinación, y Ana Radcliffe amaba esa poesía de las tumbas; Leopardi, Manzoni, Monti, recogían en Italia la herencia de Dante; Musset estaba adolescente; Heine dejaba oir sus primeras canciones humedecidas por ondas del mar.

[illegible] del lujo. Así concibe las escenas del "Don Juan" y de Sardanápalo; continuaba "Childe Harold", acababa el "Manfredo". Cambia la lira por el laúd hebraico para imitar al doctor del Amor, para describir la orgía de Baltasar en la última noche de su reino, bajo mil luminarias, entre las mil copas de oro del templo de Jerusalén.

Hastiado de todo, desea consagrarse a algo noble que le regenere; medita primero en la independencia de Italia; pero la insurrección de Grecia había estallado. Aquel Selim Bajá que un día le recibió en medio de los esplendores de su corte devasta ahora la patria de los dioses inmortales. Byron se apresura a ofrecer para esta causa sus servicios; su hacienda, su vida, y se dirige a la tierra de las musas bañadas de luz, a la eterna Grecia, en un buque fletado por él y en cuya proa podía leerse este nombre: "Bolívar".

LA CULTURA ARGENTINA

Gregorio de Laferrere

LAS DE BARRANCO - LOS INVISIBLES

Con prólogo de Enrique García Velloso

$ 1.- m/n. EN TODAS LAS LIBRERÍAS

El teatro ético de Iglesias Paz

por Ricardo Levene

Escribo con emoción estas páginas que preceden a las obras teatrales de César Iglesias Paz. Las inspira un sentimiento de admiración por su labor — formado en la amistad y simpatía intelectual de muchos años — y han sido redactadas a su pedido.

Dos meses antes de su muerte le visitamos con Salvador Oria. Estaba agobiado al peso moral de sus dolores, como su organismo doblado por sus males físicos.

En plena juventud, era una sombra. Brillaron sus pupilas, encendiéndose al recuerdo de los días inolvidables vividos en la Universidad. Reímos, embriagados de luz, de una aurora tan próxima y asimismo, tan distante... Al despedirnos — desvanecida la ilusión de la vida que venía del pasado como un resplandor — encarecióme que prologara y editara sus obras para el caso de su muerte.

CÉSAR IGLESIAS PAZ

Cumplo su última voluntad, con la adhesión, que mucho estimo, de la biblioteca "La Cultura Argentina". El afecto ha sido profundo e inalterable la amistad que me vinculaba al autor de estas obras; pero he procurado superar mis propios sentimientos, sintetizando una impresión objetiva de su teatro, si bien aparto de mi espíritu la pretensión de erigirme en su crítico, para cuyo cometido me faltan títulos legítimos.

* * *

[illegible] fuerte por la austeridad de su conducta y defendiera de su espíritu del que trascendía, como un perfume, su bondad infinita. Al recordarla ahora interpreto el íntimo sentir de Iglesias Paz, y el mío propio porque más de una vez he admirado el fondo intuitivo de esta madre que había asimilado la esencia de la vida.

La muerte prematura del hermano mayor — Alfredo R. Iglesias, marino de brillante talento — impresionó a César tan profundamente que por momentos daba la sensación de que su ser estaba quebrantado. Fueron en vano los esfuerzos realizados para infundirle aliento, sentimiento de lucha y aspiración a triunfar. Apenas esbozaba un plan de labor, lo sustituía por otro, sin ansias o sin energías para ascender, herido en sus alas.

Estas referencias explican el carácter vacilante de Iglesias Paz y la influencia educativa de su hogar, al punto de poder afirmar que las figuras centrales de sus más importantes obras, están inspiradas en sugestiones éticas que él escuchó de los labios maternos.

* * *

Iglesias Paz pasó por la vida con el generoso afán de darse por entero al bien y al ideal.

En el corazón de este dramaturgo se ha librado el más terrible de los dramas. La vida le negó injustamente sus puros goces: con inexplicable crueldad le desbarataba sus planes, obligándole a realizar marchas forzadas o altos absurdos. Con los brazos y la mirada suplicante deseaba cumplir una vida tan amplia y noblemente como era capaz, y el fantasma del ideal se alejaba, le confundía en el camino, le sangraba las carnes. Pero su bello espíritu no fué abatido. Y en la escena — en el mundo de los seres creados por su imaginación — realizaba la vida de su ensueño, proclamando el triunfo del amor y de la justicia, vencidos en su propia vida.

Tenía veinte años cuando dejó los trabajos del campo para reanudar sus interrumpidos estudios en el Colegio Nacional. Bajo el enérgico imperio de un dictado de su voluntad, completó los estudios secundarios y realizó su carrera universitaria. Los compañeros admirábamos en él, sus dotes intelectuales, la claridad de sus juicios, el orden en sus pensamientos, el temible poder de su dialéctica; pero subyugaba también por sus calidades morales, la nobleza de su corazón, la distinción de sus maneras.

Su tesis doctoral "El problema social" es un fruto sazonado de su talento. Era un libro precursor de otros que revelaba la meditación de un espíritu enamorado de la investigación social. Le sedujo la profesión de abogado que ejerció con altura de miras. Entre sus muchos escritos, recuerdo por su enjundia y solidez una pieza jurídica sobre la inconstitucionalidad del impuesto de guía, asunto que vió perder en sus manos y triunfar en otras.

Un conjunto de circunstancias, entre las cuales aparece en primer término la inesperada muerte de su hermano, hicieron vacilar su espíritu y la desilusión y el escepticismo comenzaron a taladrar su voluntad.

* * *

Dió la sensación de haber reaccionado sobre sus debilidades consagrándose a la literatura teatral. Había encontrado su vocación definitiva.

El teatro de Iglesias Paz, más que ideológico es ético, educativo y normativo por excelencia.

En cualquiera de sus trabajos — de uno o tres actos — plantea un problema que atañe a nuestras costumbres y lo resuelve con criterio moral. No todos nuestros autores han revelado su profunda agudeza para captar fugaces pequeñeces, detrás de las cuales se insinúan males profundos y sugerir soluciones sencillas y humanas, expuestas sin solemnidad ni pretensiones filosóficas.

Estaba dotado de un extraordinario don para observar los defectos humanos, y a no ser por su bondad natural y equilibrio de espíritu, tal actitud le habría arrastrado por el plano inclinado de un excepticismo disolvente.

El horizonte de sus observaciones no abarcaba todas las clases de nuestra sociedad. Supo descubrir, poner en evidencia para censurar o elogiar, vicios y virtudes de la clase media, en la que había nacido y vivido.

No conocía la alta aristocracia sino por sus lejanos reflejos, el brillo de su riqueza, la resonancia del escándalo o de una sólida virtud de origen patricio ahora florecida en la beneficencia. Por eso Iglesias Paz no acierta totalmente — si bien obtiene efectos de luz sorprendentes por su intuición — cuando ensaya en alguna de sus comedias describir este ambiente o sus hombres representativos.

Apenas vislumbraba también la vida en la clase humilde, el drama de la miseria, la lucha contra la enfermedad, los extremos de la promiscuidad y de la inmoralidad, [illegible] dolor, villorios, aldeas y campos. Le entristecía la pobreza, acaso por momentos le repugnaba. El pensante teatro o la novela rusa contemporáneos que exhibe los bajos fondos, le desconcertaba.

Empero, reconocía que las más acendradas virtudes fermentan en los humildes, en el trabajo ahincado. Su admiración era grande para los hombres dueños de una voluntad dinámica, capaces de largos y penosos esfuerzos. Es que Iglesias Paz era una voluntad intermitente, que afrontaba una labor pero la suspendía acto continuo. Entonces exaltaba la inercia hasta la dignidad de una fuerza moral. Cuando recomenzaba el plan de su trabajo — una vez desvanecida la ráfaga de pereza o de escepticismo — necesitaba desplegar una suma de energías que le dejaba exhausto. Y así, su voluntad siempre naciente, no crecía y se corporizaba con el tiempo y la vida mismos, como la simiente en la tierra fecunda.

Desde "Más que la ciencia", su primer ensayo teatral, hasta "Una deuda de dolor", estrenada en 1921 — pincelada maestra para redimir el alma de una mujer caída — Iglesias Paz escribió diez y siete obras, y en todas ellas — aun en las de estructura más débil como "Ilusiones" (1914), "María Blanca" (1915), "Diplomacia conyugal" (1916), "El señuelo" (1917), "El pecado original" (1918), "El aplauso" (1919) — ha luchado esforzadamente con la bandera de un noble y puro concepto del arte por levantar el nivel del teatro nacional y arrojar del templo a los mercaderes y venales que lo corrompen. Este ideal fué la llama encendida que se apagó en él con la lámpara de su vida.

Los problemas de nuestra clase media interpretados por Iglesias Paz giran alrededor de la mujer. La parte más sobresaliente de sus obras está representada siempre en el medallón de un carácter femenino.

* * *

"La dama de coeur" (estrenada en 1914) presenta una gran figura — la novia del amor ideal capaz de todos los sacrificios — pero la comedia se desenvuelve siguiendo un procedimiento que no convence por momentos. Lástima grande que esta obra no haya sido reelaborada después de su estreno, modificando su técnica, humanizando a Cora y Luis Mara, pero conservando el denso tejido de las observaciones realmente sugestivas referentes al medio en que se agitan y desviven los jugadores. Eloy es un alto carácter creado por Iglesias Paz, por cuyos labios combate el juego que deprava el alma y entumece el cerebro. "Si hubiera estímulo sería capaz de crear — proclama — yo no sé qué: algo grande, algo que siento dentro de mí. Sería escritor, poeta. Pero qué. Crear significa un esfuerzo enorme. Y aquí vivimos en una carencia absoluta de ambiente. Por eso juego, porque el juego es emoción; el juego, no como profesional, sino como artista: exponiendo todo mi haber en cada lance".

La enfermedad del juego que aqueja a nuestra sociedad le hace exclamar: "El mal no está ni en tu mujer, ni en las que van a tu casa, ni en las señoras que hoy juegan. Está en nuestra cultura de importación, sin arraigo. Introducimos del extranjero lo malo, lo que impresiona más fácilmente a los sentidos, lo que ofrece placer con menos esfuerzo. En Europa juegan las señoras. Es verdad. Pero en Europa, ¿qué digo en Europa?, en París, que se considera el foco del vicio, la aristocracia es honesta y aunque en parte

RICARDO LEVENE

juega y hace cosas peores, toda ella cultiva el arte o lo fomenta o lo siente; y la más empingorotada dama de la más rancia nobleza considera un honor abrir sus salones a un artista".

En "La enemiga" — estrenada un año antes que "La dama de coeur" — combate la vanidad, el lujo, el desenfreno de la vida social. Mariano, de setenta años, noble corazón, representa el pasado de nuestra sociedad que se vá, empujado por el advenedizo que a base de oropel y relumbrones pretende desconocer la tradición y la virtud. [illegible] todas las fiestas, figurar en todas las crónicas, siempre deslumbrantes, siempre externamente renovadas: como si en esta visión cinematográfica de trajes y de joyas estuviera el sentido de la moral, de la belleza, de la vida".

El derrumbe del hogar a la muerte de su jefe constituye el asunto de "La mujer fuerte", estrenada en 1915, obra gemela con "La dama de coeur" y "La enemiga" y desarrolladas las tres paralelamente en virtud de sus semejanzas esenciales y sus finalidades éticas.

En esta obra, la madre, con ser un ángel ha pasado por la vida sin advertir sus peligros y la familia entera, viviendo en holgada situación ha creído que el mundo es un dechado de bondad. Desaparecido el padre, Josefina, "la mujer fuerte", comprende que defenderse, no es solamente vivir, sino salvar la dignidad, el decoro. Sabe también que en la más cruel de las servidumbres es posible levantar la frente, sintiéndose capaz para no aceptar una hospitalidad que deprime, de colocarse de institutriz, de niñera, de sirvienta. Y esta energía que no se abate y lucha reconstruye y salva la propia vida y la de los suyos.

Tales enseñanzas se desprenden naturalmente del teatro ético de Iglesias Paz, sin resonantes declamaciones, sin alaracas, sin el rugir de las pasiones.

* * *

Sus más vigorosas obras — plenas de vida y emoción estética — son "La conquista" (1912), "El complot del silencio" (1917), "La propia obra" (1920), "El vuelo nupcial" (1916) y "Una deuda de dolor" (1921).

En cada uno de estos trabajos Iglesias Paz aportó a nuestro teatro un nuevo criterio de apreciación de los valores de la belleza, un sentido más alto de la vida, un concepto más fino y sensible de la psicología humana en las luchas del amor, del deber, del ideal.

No sería posible glosar el contenido de ellas que sólo se apreciará justicieramente con su íntegra lectura, a diferencia de ese otro teatro, en el que la acción lo absorbe patológicamente, no dejando leer sino las acotaciones para conocer al autor.

La personalidad literaria que representa Iglesias Paz trasúntase en su estilo — terso, depurado, noble — de formas ágiles y armoniosas, esmaltado de imágenes que se encienden y apagan como luciérnagas, brillando sin deslumbrar. Resplandor de ideas que no enceguece pero cautiva y persuade, es el que fulgura en ese estilo que adopta por momentos la manera benaventina.

Su ideal de la belleza literaria concretábase en la medida, en la sencillez, en el orden. "La conquista" y "La

(*Continúa en la pág. 4*).

LAS OPINIONES DE AMADEO VIVES

por Rogelio Villar

Encuentro al maestro Vives a la puerta de la Casa Dotesio y comenzamos a charlar. Hablar con Vives es muy agradable, pues siempre dice cosas interesantes. En su compañía pasan las horas volando; habla de Filosofía, de Arte, de Literatura, de Religión, y de todo habla con profundidad de concepto y con amenidad, empleando la paradoja con tanto arte como el señor Unamuno.

Yo dije en broma en cierta ocasión que el maestro Vives hacía literatura muchas veces mejor que música, y creo que dije una gran verdad, pues piensa y escribe galanamente. ¡Qué diferencia entre el Vives *causeur* y escritor y el Vives músico! No parecen la misma persona. Lo digo en serio. Claro es que esto no quiere decir que Vives no sea un gran músico, ni muchos menos. ¿Quién no se ha deleitado con sus inspiradas melodías de "La balada de la luz", "Lola Montes", "Bohemios", "El Pretendiente", "Maruxa", "La Generala", o sus últimas composiciones, "Siete canciones epigramáticas", muy graciosas y humorísticas, por no citar más que las obras más populares de su copiosa producción? Hoy es, en mi concepto, el compositor teatral más completo que tenemos, no obstante el cambio de ideales que se nota en su producción después de "Don Lucas del Cigarral". Vives ha tenido grandes aciertos como compositor.

La guerra le preocupa, y como Vives es un mediterráneo, un latino de temperamento y de corazón y un sindical, se exalta viendo el espectáculo lamentable que, con motivo de esta guerra injusta, está dando una parte del catolicismo español, y particularmente su prensa. Vives cree que la idea sindical es lo más nuevo y fuerte que hay actualmente en Europa.

Ahora está leyendo "El Génesis".

—La Biblia — me dice — es uno de los contados libros que pueden leerse.

Es extraño esto en un músico español, ¿verdad? Tened presente que Vives es un músico culto, como he dicho.

Nos encaminamos a la Maison Dorée. Vives tiene la preocupación de lo que piensan sobre sus obras algunos [illegible] (algunos veces mal empleados), que abundan más que sus defectos, y espera su obra definitiva que ilumine el caos artístico de vulgaridad e insulsez en que vivimos.

Pero dejemos hablar al insigne maestro catalán.

—¿...?

—Escribo para el público, para la multitud de mi país, y lo que más me satisface es que se distraiga con mis obras. Yo no desprecio al público; me gusta escribir para las grandes masas, emocionarlas con mis melodías, sin recurrir a latiguillos y calderones de mal gusto. Me divierte escribir música; lo hago como un juego, y, ya que no puedo jugar a la pelota, por ejemplo, juego a escribir música; pues componer no debe ser una tortura, sino una distracción, empleando todo el menor esfuerzo posible. La ligereza y la frescura es lo que más aprecio en la música. Algunas de mis obras creo que producirían buen efecto en el extranjero, porque me parece que están llenas de luz, de vida, son brillantes. Su arquitectura, su construcción, aun en las más sencillas, me parece perfecta; si en la ornamentación, en la línea melódica, ocurriera lo mismo, estaría contento.

—¿...?

—En España no tenemos, ni en política ni en arte, una orientación definitiva, un ideal común. En música deberíamos tenerlo, pues contamos con músicos de talento, pero completamente desorientados y de una ignorancia fundamental en cuestiones de estética. La educación técnica de algunos es deficientísima, sin ninguna solidez, con una concepción falsísima de la tonalidad; persiguen por medios artificiosos una novedad que no tiene más valor que el de una humorada. Se está atentando a la esencia del arte musical, dándonos por música una caótica amalgama de giros extravagantes, bárbaramente instrumentados, confundiendo lo refinado y exquisito con lo raro y lo grotesco. Algunos no han aprendido nada en el extranjero, más bien se han extraviado, pues llaman *Arte nuevo*, arte trascendental a la caricatura del verdadero arte, no siendo otra cosa que un arte *rassé*, primitivo, más viejo que Adán. Hasta ahora, se concretan a imitar a Debussy o a Strauss; yo espero una selección, que ha de llegar de todo este *maremagnum* (reflejo de lo que pasa en Europa) en beneficio de la música española. El músico que sepa dar forma moderna a los italianos del siglo XVI, ese hará una música nueva. Está volviendo lo antiguo: no primitivo, sino el apogeo de un arte italiano. Y he de advertir que cuando yo hablo o escribo con alguna acritud de estilo no es más que por un plausible deseo de hacer algo sólido y bien orientado, pues creo que se puede hacer (de ninguna manera por lo que se llama vulgarmente envidia, desgraciadamente no hay motivo para ello), porque los músicos que saben, salgan de las parroquias y de las tertulias familiares (en las que los amigos dan patentes de genios poniéndoles en ridículo), para entrar en el gran público. Aquí es donde yo deseo verlos. Nuestro arte está empezando; pero yo tengo mucha fe en él, porque, como tipo humano, el español es el mejor del mundo, el más inteligente y el que tiene mayor número de condiciones. No le falta más que ser más culto; que es el problema a resolver en todos los órdenes de la vida nacional, el problema de la cultura.

—¿...?

—España no ha entendido nunca más que a Italia; no podemos desprendernos de la tradición italiana, y sólo haremos arte cuando nos asimilemos la substancia del arte italiano. Claro es que no me refiero al industrialismo artístico contemporáneo que cultivan algunos compositores. El Decamerón y Ariosto han sido nuestros maestros y educadores. Ni el genio francés, con Racine, Molière y Boosset; ni el inglés, y mucho menos el alemán, se adapta a nuestro temperamento. Nuestra novela, nuestra literatura, nuestra pintura, nuestro teatro, todo está impregnado de espíritu italiano. Hasta el idioma, en el que abundan más los italianismos que los galicismos, no se libra de la influencia italiana. El catalán y el valenciano están llenos de palabras y modismos italianos. Nace un Palestrina y, como por reflexión, aparece nuestro Victoria, dándose el mismo fenómeno en la pintura, en la literatura y en la poesía.

—¿...?

—¡El hombre europeo!; ¡un arte europeo!; ¡un sentimiento europeo!... no se ha formado todavía; aún está por expresar la verdadera modernidad; la forma no se ha plasmado en el sentimiento; existen influencias de unos países por otros, y nada más. ¡Hablar de sentimientos modernos, de formas del sentimiento!...

Para distinguir, para diferenciar en mi espíritu cuáles son los espíritus modernos, sigo una regla: detesto el siglo XVIII; por lo tanto, todos los que [illegible] XVIII son antimodernos, porque este siglo ha sido una interrupción, un paréntesis de la civilización: es el filosofismo, el romanticismo, todo lo que está liquidando la guerra actual. El renacimiento, que fué obra de la aristocracia veneciana, luego pasó a Francia entre las clases distinguidas; por último, a Alemania, donde una minoría de orgullosos ha provocado la guerra, contra la que ha protestado la conciencia universal.

Hay hombres de ideas modernas y de sentimientos viejos: Víctor Hugo, Franck, Maeterlinck, D'Indy; hombres de sentimientos nuevos y de ideas viejas: Debussy, Gautier, Strauss. Un hombre de ideas y de sentimientos actuales no existe en música. Emerson, Whitman, Carlyle (el hombre más representativo del espíritu moderno), se aproximan a lo que yo entiendo por modernidad, que es lo que se caracteriza por un intenso optimismo, por un sentimiento profundo de tradición, por una esplendente luminosidad. Hoy no hay ningún pueblo que pueda arrogarse la representación moderna del mundo.

—¿...?

—El canto popular no sabemos, por lo general, emplearle; hacemos mal uso de él. Hay que hacerle harina y después pan, y solemos comer el trigo antes de molerle y amasarle.

Hay en la música moderna un problema: los modos del canto gregoriano, que son los modos sobre los que está construído el canto popular, si tienen polifonía, no es la que nosotros conocemos. Las melodías orientales, las melodías españolas, no pueden armonizarse, sin perder su carácter, con las formas cadenciales, con los modos usuales.

Yo creo que la verdadera música es antipolifónica. La polifonía está en crisis, como lo está todo el arte gótico. Ningún músico contemporáneo hace más en contrapunto que lo que se ha hecho. Wagner mismo ha quedado por bajo de Bach. El contrapunto no puede encontrar formas superiores a las que ha empleado; por esto, un arte que se ha agotado hay que abandonarle para seguir otros derroteros.

En cambio, la pura monodia, incorporándola a todas las formas tradicionales, es inagotable. En este terreno el campo es infinito, pues aun faltan, indudablemente, muchas formas melódicas por descubrir.

La inspiración no es más que la semilla, vive un momento, está en el ambiente; la labor del arte es de síntesis primero y de reconstrucción, de elaboración, de desarrollo.

—¿...?

—El sentimiento colectivo de las grandes multitudes es la medida del acierto de un artista, no la opinión, sino la emoción que en él produce una obra de arte.

¿Cómo se va a conmover a las multitudes con esa música de mosaico, de juguete, sin ningún interés, que hasta algunos que se llaman exquisitos? Detesto lo exquisito.

—¿...?

—La música llamada ultramoderna me produce repugnancia. A estos compositores les ocurre lo que a los antiguos herejes: todos se insultan yendo a porfía para ver cuál concibe mayor número de disparates.

Lo que no queda, lo que no puede incorporarse a la tradición, no es nada. Fíjese usted que lo que se llama vulgar es lo más bonito y suele ser lo mejor. Manuel, Francisco, son más vulgares que Agapito y Nemesio, porque son más bonitos. ¿Por qué razón lo que gusta a muchos ha de ser peor que lo que guste a unos pocos? Naturalmente sale el sol; todos los días respiramos bien si no estamos enfermos, lo natural es lo eterno.

El que inventó el camino y las ruedas fué un sabio. La carreta, el coche, la locomotora y el auto, son modificaciones perfeccionadas de las dos ruedas primitivas, y salirse de ahí es perder el tiempo y estrellarse. Aplique el arte este símil.

—¿...?

—El músico que más me gusta es Haendel; el asunto de ópera más detestable "Parsifal", porque es una parodia de la comunión católica; el libro moderno más grande es "Sartor Resartus", de Carlyle; las óperas que más me gustan son: "La flauta encantada", "Las bodas de Fígaro" y "Don Juan", de Mozart; "Los maestros cantores" y "Tristán e Isolda", de Wagner; "El barbero de Sevilla", de Rossini; "Rigoletto", de Verdi, la obra más hermosa del teatro italiano. De obras españolas: "Pan y toros", de Barbieri; "La venta de Don Quijote", de Chapí; "La verbena de la Paloma", de Bretón, y "La Iberia", de Albéniz.

Por los maestros catalanes, Nicolau y Pedrell, siento una verdadera veneración. Pedrell empezó su carrera en una época de trivialidad musical y ha sabido sostener su nombre a buena altura, lo cual es un mérito. Pero no haber triunfado a los ochenta años es un país tan [illegible] historia de la música española e sobre Folklore nacional, no podían prescindir de sus importantes trabajos.

Morera es un gran temperamento y Granados tiene un fino instinto.

—¿...?

—El Estado español, que no ha dado nunca una peseta para un teatro nacional, ahora, por Real decreto, quería encargarse de subvencionar un espectáculo, apropiándose la parte artística y administrativa, en el que los músicos españoles harían, seguramente, un papel postizo. Lo malo es que cuando el Estado toma una cosa no la suelta. ¡Para qué protestar si nadie nos hace caso! La prensa ha combatido tímidamente los propósitos del ministro. No sé si habrá algo detrás de la cortina. ¡Como aquí todo se hace por interés particular, no por interés general! Por lo pronto ya tiene el Ministerio un negociado más donde colocar a varios amigos, todos incompetentes y, desde luego, ajenos a la profesión. ¡Pobre contribuyente!

¡Si al fin se hiciera una reforma inteligente y honda, formando un cuadro completo y permanente para la temporada, obligando a cantar en castellano e incluyendo en el repertorio obras de autores españoles! Pero todo seguirá igual: cantantes y repertorio italianos. El teatro Real ha sido siempre el mayor enemigo del arte nacional.

—¿...?

—Trabajo actualmente en una ópera cómica, "El abanico duende", de Goldoni libro de Marquina, que estrenará la Barrientos en el Liceo de Barcelona. Para Apolo estoy terminando dos obras en un acto. Pienso trabajar en el "Don Juan" y planeo una obra italiana de la época de los Médicis, cuya acción tendrá lugar en Florencia.

Me despido del ilustre músico catalán pensando si podré transcribir fielmente su interesante conversación, en la seguridad de que los párrafos que escriba no reflejarán la fluidez de su verbo cálido y apasionado.